A mi queridísimo amigo don
Manuel Matías recuerdo de

[illegible]

POBRE PORFIADO...

BLASCO

OBRAS DRAMATICAS DE EUSEBIO BLASCO.

La antigua española.
La mujer de Ulises. (4.ª ed.)
La tertulia de confianza.
El jóven Telémaco. (4.ª ed.)
Un jóvén audaz. (2.ª ed.)
El amor constipado.
El vecino de enfrente. (3.ª ed.)
La suegra del diablo.
Pablo y Virginia.
Los novios de Teruel.
Los caballeros de la tortuga.
El oro y el moro.
Los progresos del amor.
La señora del cuarto bajo.
El pañuelo blanco. (3.ª ed.)
No la hagas y no la temas. (2.ª edicion.)
La mosca blanca.
Los dulces de la boda.
El miedo guarda la viña.
La Rubia
El baile de la Condesa.
Pascuala.
La procesion por dentro.
Parientes y trastos viejos.
Levantar muertos (1).
El anzuelo.
Jugar al escondite.
Hablemos claro.
Los niños y los locos.
La rosa amarilla.
De prisa y corriendo (2).
Juan García.
Pobre porfiado.
Las niñas del entresuelo.

LIBROS.

Obras festivas en prosa.—Cuentos alegres.—Madrid por dentro y por fuera (3).—Una señora comprometida (2.ª edicion.).—Esto, lo otro y lo demas allá —Soledades. (Poesías.)—Flaquezas humanas, cuentos y relaciones.

---

(1) En colaboracion con D. Miguel Ramos Carrion.—(2) Idem.—(3) Obra en colaboracion con los principales escritores.

POBRE PORFIADO...

PROVERBIO

EN UN ACTO, EN VERSO,

POR

EUSEBIO BLASCO.

Representado por primera vez en el Teatro de la COMEDIA en Abril de 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18
1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOLORES, 30 años...................	DOLORES FERNANDEZ.
EMILIO, 25 años...................	EMILIO MARIO.
SEBASTIAN, 50...................	JOSÉ RUBIO.

La escena en una casa de campo cerca de Madrid.

Á LA EXCMA. SEÑORA

DUQUESA DE LA TORRE.

Labra el calor del campo en las entrañas
semilla humilde oculta en el sequío;
pingüe caudal el resonante rio
reparte al paso en córtes y cabañas.
Engendra amor las bélicas hazañas;
rompe la fé las nieblas del hastío
cual sol brillante en el fecundo estío
nieve perenne quiebra en las montañas.
Noble amistad, consoladora idea,
gérmen de afectos dulces y mejores
que los que amor en sus violencias crea,
preste tu luz á mis humildes flores
alma y calor, con que mi musa sea
rica cual tú, de encantos y primores!

ACTO ÚNICO.

Una sala baja en una casa de campo.

ESCENA PRIMERA.

EMILIO, luégo el CRIADO.

EMILIO. Dicen que el campo convida
á gozar de la mañana,
mas yo no he sentido gana
de madrugar en mi vida.
Y en tanto los ruiseñores
cantan con trino infinito
yo duermo como un bendito
soñando tiempos mejores.
¡Sebastian!
SEBAST. ¿Llamaba usté?
EMILIO. ¿Se ha levantado mi tia?
SEBAST. Cuando despuntaba el dia
se marchó con don José.
EMILIO. ¿Y adónde?
SEBAST. Á una posesion
á media legua de aquí.
EMILIO. ¿Me han dejado solo?
SEBAST. Sí.
EMILIO. ¡Qué desconsideracion!
SEBAST. Como usté estaba dormido

no han querido despertarle.
Su tia dijo: dejarle!
que pase el dia aburrido.

EMILIO. ¿Luego no piensan volver
en todo el dia?

SEBAST. Tal creo.
Como es muy largo el paseo
vendrán al anochecer.

EMILIO. Bueno; dame de almorzar.
¡Un dia entero sin gente!
Si no fuera improcedente...
me volvería á acostar.
Trae la escopeta: mi vicio
es cazar, me iré muy lejos
á perseguir los conejos
y al ménos haré ejercicio:
¡El campo! ¡Qué gran recurso!
ver los árboles frondosos;
los arroyos cadenciosos
en manso y tranquilo curso;
la huerta y sus mil labores,
y el corral y las gallinas,
y las verdes clavellinas,
y los pájaros cantores,
y andar de aquí para allí
del prado al bosque frondoso...
esto será muy hermoso,
pero esto no es para mí!
Mi tia es una señora
de apacible condicion,
que se acuesta á la oracion
y despierta con la aurora.
Harta del mundo en la edad
en que á nada ya se aspira,
aquí dichosa respira
en campestre soledad.
«Vente aquí, me escribe, ven,
que el campo es la paz del alma,
y aquí en deleitosa calma
lo vas á pasar muy bien.
Ven; Madrid te ha de cansar,
que es perjudicial y caro!

y yo cedo y vengo: es claro!
¿cómo me voy á negar?
Pero á los cuatro ó seis dias
que por el campo discurro,
me harto, me rindo, me aburro
y en sordas melancolías
reniego de estos placeres,
pensando en las emociones
de la córte, en sus salones
y en sus hermosas mujeres,
y mi libertad inmolo
por complacer á la tia:
figúrese usté que dia
voy á pasar aquí solo!
(Sebastian entra con el servicio de mesa y lo v poniendo.)

SEBAST. El almuerzo.
EMILIO. (Paseando.) Ponlo ahí.
SEBAST. Tortilla.
EMILIO. Bien.
SEBAST. Y jamon.
EMILIO. Bueno.
SEBAST. Perdiz.
EMILIO. Bien.
SEBAST. Melon.
Y queso y vino.
EMILIO. ¡Ay de mí!
Comeré hasta reventar
y beberé hasta caer;
porque el rascar y el comer
dicen que quiere empezar.
(Se sienta á almorzar.)
¡El campo! ¿Á quién no subyuga
su encantador atractivo?
Voy á inventar un motivo
cualquiera para una fuga.
¡Ay, Sebastian!
SEBAST. ¡La perdiz!
EMILIO. Rendiré al campo el tributo. .
Sebastian, tú eres muy bruto,
por eso eres tan feliz.
SEBAST. ¡Señor! (Riendo estúpidamente.)

EMILIO. ¿Cuánto hace que estás
viviendo entre tus rebaños?
SEBAST. Pues hará veintidos años
poco ménos poco más.
EMILIO. ¿Y á gusto?
SEBAST. Si usté supiera
la ley que tengo á esto!
EMILIO. ¿Sí?
SEBAST. ¡Si me sacaran de aquí
puede ser que muriera!
Me complace, lo confieso,
estar solo.
EMILIO. ¿Solo?
SEBAST. ¡Claro!
EMILIO. Eres un animal raro.
¿No te aburres?
SEBAST. ¿Y qué es eso?
EMILIO. Si te cansas, si el destierro
del mundo te aflige, bolo!
SEBAST. ¡Ah, no! y luégo no estoy solo.
EMILIO. ¿Con quién vives?
SEBAST. Con el perro.
EMILIO. ¡Hombre! No has sido capaz
de casarte para ver...
SEBAST. ¡Pues si tuviera mujer
si que no tendria paz!
EMILIO. ¿Crees tú?...
SEBAST. Dan muy mal pago
y muchas sofocaciones,
y son como los gorriones,
donde entran hacen estrago.
Con pan blanco y vino tinto
soy yo más feliz que el rey.
EMILIO. Sebastian, eres un buey,
pero tienes buen instinto.
(Suena un coche.)
¿Qué suena?
(Sebastian se asoma á la ventana.)
SEBAST. Quién puede ahora...
(Va á asomarse á la ventana.)
¡Es un coche! Y va á parar...
EMILIO. ¿Quién nos vendrá á visitar?

SEBAST. Se ha bajado una señora.
EMILIO. ¿Una mujer? Quita, quita.
(Va á asomarse.)
¡Es mi prima!
SEBAST. ¿Qué le ha dado?
EMILIO. ¡Oh placer inesperado!
¡Oh inesperada visita!
Baja y procura ocultar
que se ha marchado la tia,
por si esta parienta mia
tiene reparo en entrar;
porque si sabe que estoy
solo aquí, tal vez no quiera...
SEBAST. Bien. (Se va.)
EMILIO. ¡Dolores! La hechicera
Dolores! ¡Qué feliz soy!
Una mujer linda, amable,
discreta, jóven, sensible,
un piececito invisible
y un talle tan *apretable*,
y unas mános tentadoras,
y un encantador palmito,
y estar con ella solito
lo ménos cuatro ó seis horas!
Ya mi inextinguible fiebre
de amor tendrá recompensa:
pues donde ménos se piensa
dicen que salta la liebre:
corazon, prueba tu fibra
y hártate al fin de emociones,
porque de estas ocasiones
entran muy pocas en libra!

ESCENA II.

EMILIO, DOLORES, SEBASTIAN.

EMILIO. ¡Dolores!
DOL. ¡Emilio mio!
EMILIO. (¡Emilio mio! ¿Qué escucho?)

DOL. ¡Estas más gordo!
EMILIO. ¿Sí?
DOL. Mucho.
EMILIO. ¡El campo!
DOL. ¿Como está el tio?
Sé que él y tia y Muñoz
salieron...
EMILIO. No tardarán.
DOL. Me lo ha dicho Sebastian.
EMILIO. ¡Sebastian, eres atroz!
DOL. Y aunque es una inconveniencia
pasar aquí un dia entero
con un muchacho soltero,
me fío de tu prudencia.
Pues supongo que este ambiente
y esta existencia... rural,
te habrán hecho más formal
y ménos inconveniente.
EMILIO. ¡Gracias!
DOL. No es por adularte.
EMILIO. Ya veo. (Si empieza asi...)
(Á Sebastian, que estará mirándoles fijamente.)
Pero hombre, ¿qué haces aquí?
¡hazme el favor de marcharte!

ESCENA III.

DOLORES, EMILIO.

DOL. Pues señor, como la tia
siempre me está convidando
y yo siempre estoy pensando
en hacerle compañía,
y en hora y media cabal
se pasa en camino llano
desde el ruido cortesano
á este oasis ideal,
buscando á mi *spleen* olvido
dije: pues no pasa de hoy,
cojo mi coche y me voy:

y aquí estoy... porque he venido.
EMILIO. Pues yo, lo juro, soñé
toda la noche pasada
tu visita inesperada
y al alba me desperté.
Y al oir el grato son
de las ruedas de tu coche,
dije yo: ¡el sueño de anoche!
alégrate, corazon.
Ya no puedes tener dudas,
esa es la que amante sueñas,
perla de las madrileñas
y nata y flor de las viudas,
la del cútis como el ampo
de la nieve y talle esbelto...
DOL. ¡Chico, que cursi te has vuelto
desde que estás en el campo!
EMILIO. Haces, hermosa Dolores,
á mis flores poco honor.
DOL. Oye, primo, hazme el favor
de no prodigar tus flores.
Yo vengo aquí á descansar
de amores y galanteos;
sólo traigo dos deseos,
reponerme y olvidar!
El campo me brinda calma
despues de todo un invierno
de insulso floreo eterno:
¡ay, amigo de mi alma!
harta estoy de adulaciones,
suspiros, cartas amantes
y caballeros galantes
y camelias y bombones.
¡No puedo más! Me es ya odiosa
toda amante insinuacion
y toda declaracion
y toda frase amorosa.
Despues de una temporada
madrileña de un semestre,
quiero hacer vida campestre
ni envidiosa ni envidiada.
No quiero oir ni una frase

que anuncie amante dolor,
ni más suspiro de amor
que el del viento cuando pase.
Ni más regalo al oido
que escuchar del dia al fin,
las flores en el jardin
los pájaros en el nido.
Descansar de la agitada
y alegre existencia mia,
dormirme al morir el dia,
levantarme á la alborada.
Olvidar la farsa odiosa
del mundo y de su interés,
ver el campo tal cual es
en dulce calma dichosa,
y en soledad descansar
en estos sitios agrestes:
conque así, no te molestes
porque no te he de escuchar.

EMILIO. (Con vehemencia.) Tú eres la que yo soñaba
en el bullicio del mundo,
cuando con llanto infecundo
triste en soledad lloraba!
Te vi entre la confusion
de la vida madrileña,
jóven, amante, risueña,
de sensíble corazon.
De mil hombres pretendida,
de mil esclavos tirana,
en mil fiestas soberana,
por mil amantes seguida,
de mil mujeres hermosa
reina á quien fuí tributario...

DOL. ¿Chico, eso es un inventario?
¡Me has dicho cinco mil cosas!
Já! já!

EMILIO. ¡Te burlas!

DOL. Repito...

EMILIO. ¿Qué?

DOL. Que no hay quien te soporte,
y que me vuelvo á la corte
si continúas, primito.

EMILIO. Pero de qué hemos de hablar
cuando yo de amor me abraso?
DOL. ¡Ah, sí? Pues en ese caso
dí que vuelvan á enganchar.
EMILIO. Pero prima...
DOL. ¡Nada, nada!
EMILIO. Pero Dolores...
DOL. ¡Me voy!
EMILIO. Pero...
DOL. ¡No sabes quién soy!
EMIFIO. Pero...
DOL. Tu empeño me enfada.
Del amor el dulce influjo
años há que no he sentido,
y es porque lo he suprimido
por artículo de lujo.
Tengo á más otra razon:
mi luto está muy reciente
y yo le debo á la gente
mucha consideracion.
Un corazon sin segundo
tenía, mas lo perdí,
como á mi esposo lo dí
se lo llevó al otro mundo.
Y es claro, como con él
le tenía que llorar
me tuve que consolar
en fuerza de serle fiel.
No busques en mí pasiones
de que no te he surtir,
y sólo me harán reir
tus galantes expansiones.
Yo no quiero amar, no sé,
no respondo al sentimiento,
y en fin, sábelo, no siento...
porque no tengo con qué!
EMILIO. ¿Vivir tú sin corazon?
DOL. (Á ver si así desespera,)
EMILIO. Lo siento, porque quisiera...
DOL. No me digas la razon.
EMILIO. Lo siento, porque...
DOL. ¡Qué empeño!

EMILIO. Pero es que...
DOL. ¡Ay Dios, qué pesado!
EMILIO. Bueno, si te has enojado...
me retiro. (Incomodado.)
DOL. Eres muy dueño.
EMILIO. Te dejo sola.
DOL. Los dos
no nos hemos de entender!...
EMILIO. ¡Pues adios!
DOL. Hasta más ver.
EMILIO. ¡Ahí te quedas!
DOL. ¡Bueno! Adios!

ESCENA IV.

DOLORES.

¡Mire usted que es fuerte empeño,
mire usted que es mucha cruz
que no la dejen á una
vivir en paz! ¡Ay Jesús,
harta estoy de galanteos
y de que me hagan el bú!
La verdad es que mi primo
no pinta mal su inquietud,
y aunque castellano viejo
tiene mucho de andaluz,
y ya que en Madrid no abunde
mucho el sentido comun,
este chico es presentable,
y heredó rentas de su
tio el marqués, unas casas
en la calle de la Cruz
y en Aragon unas fincas
y olivares en Gallur...
Ya en el verano pasado
me dijo en San Juan de Luz:
mi porvenir, prima mia,
puedes resolverlo tú.
Pero yo estoy ya tan harta
de estos niños, que no hay mús.

¡Hay cada sietemesino!
¡Señores, qué juventud!

ESCENA V.

DOLORES, EMILIO.

EMILIO. (Vamos á ver.)
DOL. Ahí está.
EMILIO. No extrañes que vuelva á hablarte.
DOL. ¡Ah!...
EMILIO. Necesito contarte
una cosa.
DOL. ¡Qué será!
EMILIO. ¡Una impresion de amargura!
Sentado estaba en un poyo
á la orilla del arroyo
que tiernamente murmura...
DOL. ¿Vuelves otra vez galante?
EMILIO. Es una leccion prudente;
déjame que te la cuente
porque es muy interesante!
Fuíme á llorar tu desvío
bajo la sombra de un chopo,
cuando reparé en un topo
que se salía del rio.
Observé que me miró
y con topesca ironía
parece que me decía:
¡más topo eres tú que yo!
¿Tú no ves, querido amigo,
que yo aunque topo vulgar,
me he salido aquí á buscar
hembra que tope conmigo?
¿Quién ha visto, por mi nombre,
desistir al que pretende?
en un topo se comprende,
pero señor, en un hombre!
Vuelve á tus quejas amantes;
y mirándome al soslayo
me dijo:—Á casa, tocayo,

que aquí ya somos bastantes!

DOL. Si piensas con tu importuna
charla vencerme, lo siento
de veras, porque tu cuento
no me ha hecho gracia ninguna.

EMILIO. ¿No? Pues oye otra importante
revelacion; esta ha sido...

DOL. Pero, primo, si te has ido
de mi lado hace un instante!

EMILIO. En la alta copa redonda
de ancho pino corpulento
cantaba con triste acento
un mirlo en queja muy honda!
Su canto de amor oí;
mas él en cuanto me vió
quiso volar y voló;
pero yo que le seguí,
aprovechando un descuido
del pájaro enamorado,
¡zás! lo cogí de un puñado
y le pregunté afligido:
Qué penas pueden turbar
tus dulces horas serenas?
cuéntame, ¡oh mirlo! tus penas
si es que se pueden contar:
Y él cantando su temor
con gorjeos de placer
que sólo puede entender
el que padece de amor,
dijo: es que mi alma espera
cuando llegue la aborada,
la visita acostumbrada
de mi dulce compañera.
Ella es luz de mi camino,
mi vida, mi amor, mi encanto;
cuando ella trina yo canto,
cuando ella canta yo trino.
Déjame ya ir á su lado,
y yo le dije envidioso:
¿por qué has de ser tú dichoso
mientras yo soy desgraciado?
¡Cuando ella mí amor escuche

te soltaré! y él trinaba
y al escucharme temblaba...
y le palpitaba el buche!
Tú que eres tan compasiva
no le hagas desesperar,
déjale libre volar,
déjale que ame y que viva.
Ten de mi amor compasion
y préstate á redimirlo.
¡Déjame soltar el mirlo,
prima de mi corazon!

DOL. Acabarás por lograr
que me ría!

EMILIO. Si me oyeres...

DOL. Pero ni aun riendo esperes
que me someta á escuchar
lo que me cansa y me hastía
y entender no me acomoda.

EMILIO. Pero...

DOL. ¡Cómo me incomoda
esta ausencia de la tia!

EMILIO. Oye...

DOL. Yo que aquí el sosiego
busco...

EMILIO. ¿Mi amor te molesta?

DOL. Me voy á dormir la siesta.

EMILIO. Pero primita...

DOL. Hasta luégo!

ESCENA VI.

EMILIO, luégo SEBASTIAN con la escopeta

EMILIO. ¿Es decir que no hay manera?
¿quiere decir que no hay modo?
Pues atropello por todo
y suceda lo que quiera.
La he de agobiar; es coqueta,
es fría, es terca, es esquiva;
¿no habrá un arma persuasiva
de tanto amor?

SEBAST. La escopeta.
EMILIO. Dime, Sebastian.
SEBAST. Señor.
EMILIO. ¿Si se empeña una mujer
en que no la han de querer,
cómo se la infunde amor?
SEBAST. ¿Qué?
EMILIO. Más claro; en fiera liza
lucho yo con una ingrata
y con su esquivez me mata!
SEBAST. Péguele usté una paliza!
EMILIO. Hombre, por Dios.
SEBAST. Si se ofende...
allá en mi tierra, en el Frasno...
EMILIO. Sebastian, eres un asno.
SEBAST. Bueno, cada uno se entiende.
Mi padre era un hombre atroz!
EMILIO. Lo creo; saliste al padre.
SRBAST. Pues sí señor! si mi madre
le levantaba la voz...
EMILIO. ¡Pero, hombre, si aquí no hay tales
voces!
SEBAST. Ah! ¿No?
EMILIO. ¡Majadero!
¡Vaya un sandio consejero
que estoy buscando á mis males!
SEBAST. Créalo usté, las mujeres
son unos bichos muy malos
y hay que tratarlas... á palos.
EMILIO. ¡Sebastian, qué bruto eres!
SEBAST. ¡Vaya, que usté ha decidido
no dejarme en paz, señor!! (Gritando.)
(Dolores asoma por entre las dos hojas de la puerta y dice:)
DOL. ¿Me hacen ustedes favor
de no meter tanto ruido?
EMILIO. (¡Bestia!) (Ap. á Sebastian.)
DOL. ¡Qué hospitalidad!
Gritas como un lugareño.
¡Yo tengo derecho al sueño!
EMILIO. Perdon.
DOL. Qué barbaridad!

Usted me quiere aburrir...
EMILIO. Pero...
DOL. Con esos alardes
de voz.
EMILIO. Pero...
DOL. Buenas tardes. (Se oculta.)
La voy á escuchar dormir.
EMILIO. (Se sienta junto á la puerta de espaldas á Sebastian.)

ESCENA VII.

EMILIO, SEBASTIAN.

SEBAST. Vaya que...
EMILIO. (En voz baja.) ¡Quita de enmedio!
SEBAST. ¡Bueno!
EMILIO. Y habla más bajito.
SEBAST. Bueno, bueno.
(Se queda en segundo término hácia la ventana.)
EMILIO. Necesito
que me quiera, sin remedio!
Cuanto más esquiva está
más me voy enamorando.
Ahora se estará acostando,
recordándome estará.
Tal vez sueña con mi amor;
oh corazon duro y sordo
y vil...
SEBAST. (Reparando en algo que se supone fuera, y en voz bajitá, dice:)
¡Aquello es un tordo!
EMILIO. Oh causa de mi dolor!
oh mujer inoportuna
que tan sin calma me tienes!
SEBAST. (Ya cerca de la ventana.)
¡Ah ladronazo! Ya vienes
á comerte la aceituna?
EMILIO. Descansa sin recordarme...
SEBAST. ¡Toma, ladron! (Apunta y dispara.)

EMILIO. (Dando un gran respingo.) ¡Jesucristo!
DOL. ¡Qué es eso!
(Saliendo precipitadamente del cuarto.)
EMILIO. (Á Sebastian.) Hombre...
DOL. ¿Por lo visto
usted se empeña en echarme?
EMILIO. ¡Si no te marchas de aquí!...
(Cogiendo una silla y amenazando á Sebastian.)
SEBAST. ¡Abur!
DOL. ¡Estoy divertida!
¡No me ha pasado en mi vida
cosa igual!
EMILIO. ¡Triste de mí!
(Pausa breve. Emilio dice con timidez:)
En aquella habitacion
tienen que oirse los gritos.
Y luégo hay muchos mosquitos...
DOL. ¡Yo sólo he visto un moscon!
EMILIO. (Me ha clavado.)
DOL. (Sentándose al velador.) Haré costura.
(Coge la labor.)
EMILIO. (¡Si digo que soy un bolo!
¿De qué me sirve estar solo
con tan linda criatura?)
DOL. (Me mira: no se corrige.)
EMILIO. (Parece que está contenta.)
DOL. (¿Se irá á marchar? No, se sienta.)
EMILIO. ¡Ay Dolores!
DOL. ¿No lo dije?
(De pronto Emilio se levanta y va precipitadamente á arrodillarse á los piés de su prima diciendo con tono trágico.)
EMILIO. ¡Ángel, que de mi destino
cambias el rumbo funesto!!
DOL. ¡Te maldigo, te detesto,
te aborrezco, te abomino!!
EMILIO. ¡Dolores!
DOL. ¡Y no hay razon
para acosarme!
EMILIO. ¡Alma mia!
DOL. Si no tienes cortesía
ten al ménos compasion.

EMILIO. ¿Compasion?
DOL. Si tú supieras
lo que es estar dia y noche
escuchando á troche moche
amor, quieras que no quieras!
Si tú supieras la calma
y el juicio que há menester
en el mundo una mujer
que tiene sensible el alma,
para tener que callar
cuando un amante la hostiga!
EMILIA. Es temor lo que te obliga....
DOL ¡Hombre, ponte en mi lugar!
Yo soy viuda, mi conciencia
me manda ser muy prudente
y no hay hombre que no intente
triunfar de mi resistencia.
Vengo aquí huyendo al amor,
que si á él cedo me denigro;
y al evitar un peligro
caigo aquí en otro mayor.
Evítame estos berrinches,
cesa en tu amoroso idilio!
EMILIO. Más...
DOL. Ténme lástima, Emilio!
EMILIO. Pero...
DOL. ¡Emilio, no me pinches!
Ponte en mi caso.
EMILIO. Yo creo
que si en tu caso me viera...
DOL. Rendirte sin luchar fuera
muy poco digno y muy feo.
¿Qué es lo que al mérito dais
¡hombres que así nos medis?
¿Resistimos? maldecis,
¿nos rendimos? murmurais.
¿Cómo debemos de ser?
EMILIO. ¿Cómo?
DOL. ¡No hallarás el nombre!
EMILIO. ¡Ay prima, si fueras hombre!
DOL. ¡Ay, si tú fueras mujer! (Pausa.)
Vamos á hacer una apuesta.

EMILIO. ¿Resistirás como sueles?
DOL. No; troquemos de papeles
y entretengamos la siesta.
Yo haré como que te quiero
cual el que ansioso enamora,
tú vas á ser la señora
y yo seré el caballero.
EMILIO. Más...
DOL. Estas fichas redondas
(Cogiendo de la mesa la bandeja y fichas.)
del tresillo vé guardando,
que ya me las irás dando
segun cómo me respondas.
Yo te pondré en mil apuros
y probaré tu esquivez:
cada ficha de estas diez
representa... cinco duros.
Yo te hablaré al corazon
con los extremos más grandes,
y cada vez que te ablandes
de mi amorosa pasion,
en castigo á tu inocencia
y á tus instintos malditos,
me darás cinco duritos
para la Beneficencia.
EMILIO. Recursos tengo seguros.
Y haré...
DOL. Harás lo que pudieres,
y si es cierto que me quieres...
EMILIO. ¡Con el alma!!
DOL. (Tendiendo la bandeja.) Cinco duros!
EMILIO. No habiamos empezado;
no vale!
DOL. Así aprenderás.
EMILIO. Oye, y tú que me darás
si no te doy resultado?
DOL. Yo?...
EMILIO. ¿Qué voy ganando aquí?
DOL. Tú...
EMILIO. Por cada decepcion
me darás...
DOL. Un apreton

de manos...

EMILIO. Ó cosa así.

DOL. ¿Ó cosa así? Eso es muy lato.

EMILIO. Un abrazo.

DOL. Ya veremos.

EMILIO. ¿Empezamos?

DOL. Empecemos.
(Al ménos pasaré el rato.)

EMILIO. Para impregnarme mejor
de mi femenil tarea
me parece buena idea.

DOL. ¿Qué?

EMILIO. Ponerme á hacer labor.
(Coge el bastidor. Dolores se va á la puerta del foro y hace que entra de visita.)

DOL. ¡Buenos dias!

EMILIO. (Acento femenino.) Hola, primo.

DOL. Tú siempre tan laboriosa!

EMILIO. La costumbre.

DOL. ¡Y tan hermosa!

EMILIO. Gracias.

DOL. Ahora yo me arrimo...

EMILIO. Arrímate; eso me agrada.
No me pise usted la cola.

DOL. ¡Siempre sola!

EMILIO. Siempre sola.

DOL. ¡Qué mujer tan retirada!
Usted que con su hermosura
pudiera en horas dichosas
reina ser de las hermosas
hacer vida y oscura!
Usted que tantos amores
inspira con su candor.:.

EMILIO. Oye, primo, haz el favor
de no decirme más flores.
Vengo al campo á prescindir
de piropos y floreos,
sólo tengo tres deseos,
comer, beber y dormir.
Estoy harto de canciones,
declaraciones amantes,
suspiros, frases galantes

y camelias y bombones,
y la paz vengo á buscar
en estos sitios agrestes;
conque asi no te molestes
y déjame trabajar.

DOL. Chico, esa voz es fatal,
y esas extrañas maneras...

EMILIO. (Se picó.)

DOL. Las exajeras...

EMILIO. Oiga!

DOL. Y te sienta muy mal.
Y para hacerte el amor
no es preciso que troquemos
de sexo.

EMILIO. Pues empecemos
de nuevo.

DOL. Será mejor.
Yo tu prima y tú mi primo
te haré el amor...

EMILIO. Bien está.

DOL. Y tu defensa será
más difícil.

EMILIO. Tal lo estimo.

DOL. Porque resistir las tretas
de una mujer aquí sola
contigo...

EMILIO. ¡Ay, querida Lola,
nó!...

DOL. Veinticinco pesetas.

EMILIO. Pero...

DOL. ¡Nada!

EMILIO. (Dándole una ficha.) Toma.

DOL. Así,
te lo aseguro, amiguito,
los pobres de mi distrito
van á enriquecer por tí.
Ya verás tú cuánto cuesta
reprimir al corazon
cuando una amante pasion
se escucha y no se contesta.
¡Ya verás cuán meritorio
es en la mujer oir

lisonjas y resistir
á vuestro asedio amatorio!
¡Verás cuán rara es la esquiva
apariencia que en mí ves,
y cuán admirable es
la resistencia pasiva!
¡Verás cómo las mujeres
son de la moral sosten,
con su plausible desden
de tentadores placeres!
Verás de sus detractores
la torpe injusta malicia...
y les harás más justicia
cuando te nieguen favores.
¡Ah! los hombres no comprenden
las luchas que sostenemos,
y al ver que nos defendemos
en vez de admirar, se ofenden.
Y no lo digo por tí
que estás muy bien educado,
y justa fama has logrado
de galante por ahí,
y tienes talento, y vales,
y por eso te se estima...

EMILIO. ¡Ay, encantadora prima,
tú me comprendes!

DOL (Tendiendo la bandeja.) Cien reales.

EMILIO. (Me ha cogido.)

DOL. ¡Ah, caballero!
págame el ser presumido,
en cuanto te dije *envido*
ya ibas á decirme *quiero*.

EMILIO. (¡Quince duros! francamente,
no me va á salir la cuenta.)

DOL. ¡Qué mal ocultarse intenta
la vanidad imprudente!
Yo, Emilio, no soy coqueta,
la córte es muy tentadora,
y ántes que ser pecadora
quiero ser anacoreta.
Sea el campo mi remedio,
ya ves tú si esto es bien triste,

¿pero qué mujer resiste
á vuestro incesante asedio?
¡Los hombres! yo sé que son
sus palabras engañosas,
¡pero si dicen las cosas
con tan amante atraccion!
Una es jóven, es mujer,
es delicada, es sensible,
la asedian... ¿cómo es posible
ver el agua y no beber?
Figúrate que tú fueras
frio, rígido, severo,
y yo en lenguaje sincero
con frases muy lisonjeras...
en el silencio profundo
de esta soledad callada
y echándote una mirada...
de carnero moribundo,
te cogiera de la mano
y con amante pasion (Cogiéndole de la mano)
y abriendo mi corazon
por impulso sobrehumano,
te dijera que si enojos
me pueden dar tus desdenes,
tú mismo el remedio tienes
de mi pesar en tus ojos.
Que en ellos van á buscar
su fin los pesares mios,
como le buscan los rios
en la inmensidad del mar.
Surja ya franco tu amor
y hable sin reserva el alma,
y aquí en soledad y en calma,
libre de amante rubor,
tu alma enamorada irradie
su luz y sea tu acento
leve para que ni el viento
pueda contárselo á nadie.
Que de celos se traspasa
mi pecho y me apesadumbra
la luz del sol que te alumbra
y la ráfaga que pasa.

Dime que á mis ansias locas
dulce galardon ofreces,
que aunque lo digas mil veces
han de parecerme pocas.
Dime que ya tu desvío
desaparece y al dolerte...

EMILIO. ¡Pues cómo no he de quererte!!...

DOL. Cinco duros, hijo mio!!

EMILIO. ¡Esto es atroz! No te asombres
si cedo á tus engañosas
frases.

DOL. Yo pinto estas cosas
como las pintan los hombres

EMILIO. Fuerza es que álguien te enseñase
estos secretos encantos...

DOL. ¡Ay, hijo! me he visto en tantos
compromisos de esta clase!

EMILIO. ¿Y siempre te has defendido?

DOL. Por algo se me respeta.

EMILIO. ¡Pues te suponen coqueta!

DOL. Desdeñados habrá sido.

EMILIO. ¡Ya!

DOL. ¿Y el tener que escuchar
al que hace amoroso acopio,
de insultos, y al amor propio
piensa herir para lograr?

EMILIO. ¿Cómo?

DOL. Por ejemplo:

EMILIO. ¿Á ver?

DOL. ¡Cuidado con ablandarse!
(Vuelve á empezar como ántes.)
«¡Qué tontería es prendarse
de quien no sabe querer!»

EMILIO. ¿Cómo?

DOL. ¡Calla! ¡Qué pasion!
(Con dramática ironía.)
esta más mal empleada!
¡Cómo puede sentir nada
quien no tiene corazon!
Usté es invencible... oh, sí,
y en serlo no se molesta;
¡qué poco trabajo cuesta

vencer, cuando no hay de aquí!
(Señalando al corazon.)
¿Qué peligro puede haber
en las luchas amorosas
cuando se oyen ciertas cosas...
como quien oye llover?
No hay medicina mejor
del amor, que hacerse el sueco:
quien tiene el corazon seco
¿cómo ha de sentir amor?
No tendrá ningun desliz
quien tan poca vida gasta;
ay, hijo, con esa pasta
debe usté ser muy feliz!
¡Su primo de usté, el que en Francia
me quiso, sí que es fogoso!
Pero usted! Si usté es muy soso...
¡si no tiene usté sustancia!

EMILIA. ¡Oye!

DOL. Vacilar, sentir,
luchar, temer, desear,
creer, entregarse, amar
sin reserva, eso es vivir!
Rendir culto á la inconsciente
rauda pasion, honda, intensa,
sin pensar nada! quien piensa
lo que ha de sentir no siente!
Si en mezquina reflexion
al corazon contenemos,
entónces, ¿por qué tenemos
nervios, sangre y corazon?
Si así á la pasionengañas
corazon frio, infecundo,
¿qué vas á hacer en el mundo
mirando á las musarañas?
Rompe tu cárcel por ver
si el aire sabes hendir,
que si no sabes vivir
más te valió no nacer!
¡Rompe los estrechos muros
que se te vienen encima!

EMILIO. ¡Oh, sí, yo quiero amar, prima!

¡Viva el amor!

DOL. Cinco duros!

EMILIO. Tómalos, pero mi ahinco
no calmo!

DOL. ¡Otros cinco!

EMILIO. Van! (Dándoselos.)
¡Yo siento invencible afan
de idolatrarte!

DOL. ¡Otros cinco!

EMILIO. ¡Bueno! Tú le anuncias dichas
inmensas á un alma ardiente.

DOL. Diez pesos.

EMILIO. No, toma veinte!
¡Te amo!... y no tengo más fichas!

DOL. ¡Venga, moneda, insensato!

EMILIO. ¡Toma! tu amor me promete...

DOL. ¿Callarás?

EMILIO. ¡Toma un billete...
y déjame hablar un rato!
¡Ah! tu lenguaje me anuncia
un alma tan bien templada
que no me detiene nada
mi corazon se pronuncia!

DOL. Por los pobres te prometo
derrochar tu sentimiento.

EMILIO. Tú tienes mucho talento.

DOL. Y tú estás loco, primito.

EMILIO. Estoy loco; obres cual obres.
yo quiero ser muy explícito.
Cuanto tengo...

DOL. (¡Todo es lícito
por ayudar á los pobres!)

EMILIO. Mi corazon... cinco pesos. (Dándoselos.)
Sufre hace tiempo, Dolores,
misteriosos sinsabores
hijos de antiguos excesos.
Igual al tuyo, refleja
del mundo el fatal hastío,
que tu corazon y el mio
no han hallado su pareja.
Fuerza es que tu pecho me abras.
¡Madrid allí se respira!

mentira eterna, mentira!
¡Palabras todo, palabras!
Pues yo soy rico y tú hermosa...
(Viendo que Dolores le pide.)
Ya voy. Pues nos conocemos.
Quédate aquí; viviremos
una existencia dichosa.
Porque yo... diez duros más; (Dándoselos.)
seré bueno: tú eres buena.
No hay más; toma la cadena!
y tú al cabo me querrás;
yo te sabré comprender;
tú no querrás que me aflija...
Y tú... toma la sortija.
¡Y yo... toma el alfiler!
Hemos de ser algun dia...

DOL. ¡No te han de valer tus tretas! (Yéndose.)

EMILIO. ¡¡¡Óyeme un par de pesetas
que me quedan todavía!!!

DOL. ¡Já, já, já!

EMILIA. ¿En estrecho lazo
viviremos?

DOL. ¡Ya no insisto
en negar!

EMILIO. ¿No?

DOL. ¡No resisto!

EMILIO. ¿No resistes? ¡Un abrazo!

DOL. ¡Chico!

EMILIO. ¡Aquí cada uno cobra
como puede!

DOL. Es que me asustas.

EMILIO. ¿Pero te gusto?

DOL. Me gustas.

EMILIO. ¿Te gusto? ¡Vaya otro!

DOL. ¡Y sobra!
Veo en tí...

EMILIO. Mucha aficion
á tí y pasion furibunda.

DOL. Veo en tí lo que no abunda.

EMILIO. ¿Y qué es en fin?

DOL. Corazon.

EMILIO. Y yo en tí lo que al infierno

no llega, y yo lo he sabido.
Oye un raro sucedido
que he presenciado este invierno.
Puso el diablo un gran bazar
de mujeres condenadas,
y al oirlas pregonadas
todo el mundo fué á comprar.
Yo tambien fuí; ¿quién no acude
á donde hay tal mercancía?
pero tanta gente había
que adentro llegar no pude.
Los hombres con malos modos
querían por fuerzs entrar
y gritaban no empujar
que hay mujeres para todos!
¡Quién las quiere! pregonaba
el diablo qne las vendía,
y cada cual le pedía
la que más necesitaba.
Uno rubia, otro morena,
éste flaca, el otro gorda,
aquel muda, estotro sorda,
éste propia, aquel ajena.
Quien la desea muy chica,
quien alta, esbelta y graciosa;
los unos ¡que sea hermosa!
los otros ¡que sea rica!
Uno muy corta en dispendios,
éste la que más le cuide...
y hasta hay hombre que la pide
asegurada de incendios.
Ya que de elegir se trata,
digo yo, vamos á ver,
déme usted una mujer
buena, bonita y barata.
Y dijo el diablo cumplido,
lindas, buenas y no caras?
esas por aquí son raras
y aún no las he recibido.
Sonriendo me salí
y al mundo alegre torné,
que aquel dia averigüé

lo que hoy he hallado en tí
Señoras, con todas hablo,
bonitas, buenas, modestas...
estas son mujeres, estas
que no se las lleva el diablo!

DOL. Á la tia le diremos...

EMILIO. ¡Ay, prenda adorada mia!

ESCENA ÚLTIMA.

DOLORES, EMILIO, SEBASTIAN.

SEBAST. ¡Ahí tiene usté ya á su tia!
(Viéndoles abrazados.)
Paice que nos entendemos!

EMILIO Me caso.

SEBAST. ¿Qué?

EMILIO. Justo.

SEBAST. ¿Usté?
¡Me voy á poner de luto!

EMILIO. ¡Sebastian, eres muy bruto!

SEBAST. Gracias, señor.

EMILIO. No hay de qué.

DOL. Mis pobres tendrán por tí
lismosnas y pan y abrigo.

EMILIO. La dulce ocasion bendigo
en que su recurso fuí.

DOL. Y si el casado á conciencia
le llama cruz á su estado,
nosotros la hemos tornado
en cruz ..

EMILIO. ¡De beneficencia!

FIN.

POST-SCRIPTUM.

No es completamente original este proverbio: en una comedia francesa en un acto, escrita, no para el teatro, sino para representarse en una temporada de campo, hay una escena parecida á la culminante de este proverbio mio, pero no he debido llamarle arreglo, porque creo haber agrandado aquella idea y dádole una forma cómica é incidentes nuevos, y en versos castellanos que al autor francés no se le ocurrieron en su ligerísimo trabajo.